



QUE DESCANSE
EN PAZ

MONSEÑOR
CARLOS OVIEDO CAVADA
ARZOBISPO DE SANTIAGO

4 DE SEPTIEMBRE 1990

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
Centro de Documentación

EL PRESTAMO DE ESTE MATERIAL Y SU
OPORTUNA DEVOLUCION PERMITE AL
CENTRO DE DOCUMENTACION OFRECER
UN MEJOR SERVICIO A TODOS SUS
USUARIOS

para nosotros. En esa oración pedimos a la Santísima Virgen: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén". No dudamos que la Madre de Dios haya acompañado a este hijo suyo en el momento de su muerte. Le pedimos también a María que nos asista a todos en igual momento. Amén.

† Carlos Oviedo Cavada

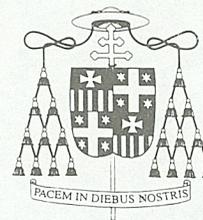
† Mons. CARLOS OVIEDO CAVADA
ARZOBISPO DE SANTIAGO

HOMILIA DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO,
MONSEÑOR CARLOS OVIEDO CAVADA, EN LAS
EXEQUIAS DEL EX-PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DR. SALVADOR ALLENDE GOSSENS,
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL,
4 DE SEPTIEMBRE 1990

CENTRO DE DOCUMENTACION
Vicaría de la Solidaridad

Documento N°	0401.00
Ingreso
<input type="checkbox"/>	C.1

QUE DESCANSE
EN PAZ



MONSEÑOR
CARLOS OVIEDO CAVADA
ARZOBISPO DE SANTIAGO

4 DE SEPTIEMBRE 1990

y así era apreciado por su señora madre. Ella era muy buena católica. Por largo tiempo —hasta que se lo permitiera su salud— asistía todos los días a la Misa de 11.00 horas en la Basílica de la Merced. La profunda relación entre el hijo y su cristiana madre tuvo proyecciones sociales para nosotros.

24. Durante el mes de enero de 1973, tuve una audiencia en Roma con el Santo Padre Pablo VI. Al final de ella, me preguntó el Papa acerca de las relaciones del Presidente Allende con los Obispos de Chile. Le hice notar al Pontífice cómo la señora madre del Presidente —entonces ya fallecida— había sido una buena católica y que por la venerada memoria suya que tenía el Presidente, en su calidad de buen hijo, observaba un gran respeto a la Iglesia y había tenido varios gestos nobles e importantes en relación a los obispos. El Papa me escuchaba interesado, y fijando en mí su mirada tan profunda, me dijo: “Vea cómo una buena católica hace apostolado hasta después de muerta. Dígaselo al Presidente”.

25. Lamentablemente no se me ofreció la oportunidad de transmitir este memorable recado al Presidente Allende. Pero, se lo digo ahora aquí, en esta Iglesia Catedral, al poner su alma en las manos bondadosas del Señor, y en presencia de los suyos y de esta asamblea. El ser buen hijo permitió gestos importantes para la Iglesia, y tan alto elogio para su señora madre de los labios más autorizados en la Iglesia Católica. Dios le recompensará su observancia y vida del Cuarto Mandamiento: “Honrar padre y madre”.

26. Al evocar la memoria de la señora madre del Dr. Salvador Allende, creemos que él rezaría con ella, cuando niño, el Ave María, la oración de todos los días

20. En tal sentido, la muerte cumple una saludable función de humildad y de unidad. Nuestra cercanía a ella, y a quienes ya la han sufrido, nos ayude providencialmente a recordar que tenemos poco tiempo y que no podemos arriesgarlo ni dilapidarlo en nada que no esté inspirado en el amor. Porque sólo el amor y sus obras sobreviven al tiempo y trascienden a la muerte.

21. A cuantos aflige la muerte del Dr. Salvador Allende les comunicamos nuestra fe y esperanza. En la fe de la Iglesia no tenemos mejor noticia que la que regala Jesús a Marta y a María, las atribuladas hermanas de Lázaro, su amigo. El es la resurrección y la vida (Jo. 11,25), la razón de nuestro vivir y de nuestro morir. Esta es la razón de la esperanza que deseamos compartir. El hecho que al decir del Salmista cambia el duelo en alegría y el luto en fiesta.

22. Oremos pues a nuestro Padre Dios por el Presidente Dr. Salvador Allende. Oremos a Jesucristo que ha vencido su muerte y todas las muertes y ha dejado su sepulcro vacío como testimonio elocuente de su Resurrección. Oremos para que El consuele a sus familiares más cercanos y para que reciba en sus brazos a todos aquellos que han muerto en nuestra historia reciente. Oremos para que la sangre derramada entre hermanos de una misma tierra aparte de nosotros el resentimiento y el odio, y nos enseñe a amar y perdonar con los mismos sentimientos de Jesús que dio su vida por todos, y especialmente, por quienes lo habían conducido al calvario de la cruz.

UN MUY BUEN HIJO

23. Quiero evocar, finalmente, un aspecto muy noble del Dr. Salvador Allende. El era muy buen hijo,

CENTRO DE DOCUMENTACION
Vicaría de la Solidaridad

Documento N°	0401.00
Ingreso	e. 1
<input type="checkbox"/>	

PRESENTACION

“Honrar el cuerpo de los difuntos es exigencia ineludible de la fe y de humanidad cristiana, y, por eso también, los cuerpos son llevados a una digna sepultura. Así expresamos nuestro respeto también a la memoria del Presidente Allende”, dijo el Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo Cavada, en su homilía pronunciada durante las exequias del ex-Presidente de la República.

“Oremos —agregó el Pastor— para que la sangre derramada entre hermanos de una misma tierra aparte de nosotros el resentimiento y el odio, y nos enseñe a amar y perdonar con los mismos sentimientos de Jesús que dio su vida por todos, y especialmente, por quienes lo habían conducido al calvario de la cruz”.

A la ceremonia celebrada en la Catedral Metropolitana asistieron el Presidente de la República, Patricio Aylwin; su esposa y todo su Gabinete; familiares del difunto Presidente Salvador Allende, encabezados por su viuda, la señora Hortensia Bussi; parlamentarios, diplomáticos, dirigentes de organizaciones sociales y políticas; e invitados internacionales.

A continuación publicamos el texto completo de la homilía pronunciada por Monseñor Carlos Oviedo Cavada.

VICARÍA GENERAL DE PASTORAL
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Santiago, septiembre, 1990.

el dolor sin límites, es una prenda y un augurio feliz de lo que Dios tiene reservado a quienes lo aman y se aman entre sí. El cielo tiene rostro de familia. Obra predilecta de Dios, la familia está llamada a trascender la muerte y celebrar, en la eternidad, la victoria del amor y de la vida.

18. Tal es la meta. Falta saber el camino. Tomás, apóstol, se lo preguntó a Jesús, y El le respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jo. 14,6). He aquí la esperanza con que la Iglesia quiere y debe consolar a los que seguimos en esta vida. No es una esperanza pasiva. Exige ponerse en camino. Y ese camino no es otro que Cristo Jesús, con su evangelio de obediencia al Padre y de amor a los hermanos. Quien esté dispuesto, con la gracia de Dios, a seguir por ese camino encontrará con El la verdad y la vida.

BUSCAR A JESUCRISTO

19. Y aquí culmina el sentido de esta celebración litúrgica: buscar a Jesucristo, oír a Jesucristo, aceptar y cumplir la ley de Jesucristo. Sólo en El tenemos puesta nuestra esperanza. El es nuestra paz. Sí, es importante volver nuestra mirada hacia la Persona de Jesús. Su Pasión y su Resurrección nos revelan la noticia más trascendental de nuestra historia. El es el signo viviente de que la vida no se muere: sólo se transforma. Y de que si volvemos a la tierra por causa del pecado, seremos resucitados, porque Dios no permite que sus hijos experimenten la muerte ni la corrupción definitiva (Cfr. Salmo 91; 1 Cor. 15,12 ss.).

TESTIMONIO DE LA HISTORIA

15. Esta práctica de la Iglesia, al recibir aquí los restos de quien en vida fue el Dr. Salvador Allende, Presidente de la República, tiene también tradición en este mismo Templo. El testimonio de la historia reciente nos recuerda que en este lugar sagrado —con ocasión de exequias de ex-Presidente— grandes adversarios políticos supieron deponer su enemistad o diferencias y reencontrarse ante el altar del Señor. Eso también se da hoy día en esta Catedral, y es un signo más de la capacidad de una plena reconciliación que la gran mayoría de la Patria anhela para ofrecer un futuro de paz a los hijos de Chile. Este gesto noble, que deseamos se extienda al corazón de todos los que la historia ha dividido, puede ayudar a sanar las heridas que aún no cicatrizan entre quienes han sido adversarios en esta época contemporánea.

16. Las exequias eclesiásticas deben, en tercer lugar, proporcionar a los vivos el consuelo de la esperanza. Escuchemos al Señor prometiendo a los suyos, horas antes de morir: “Me voy al Padre, a prepararles un lugar. En la casa del Padre hay muchas habitaciones. Y cuando les haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde yo esté, estén conmigo” (Jo. 14, 2-3).

17. Es cierto que la muerte nos separa de aquellos a quienes amamos. Pero, es sólo un intervalo. También aquí, y sobre todo aquí, el amor es más fuerte. Quienes se han amado en la tierra con un corazón noble y puro pueden esperar el reencuentro en la casa del Padre. La Asunción de la Santísima Virgen María, en cuerpo y alma a la gloria celestial, para compartir con su Hijo el gozo sin fin, tras haber compartido con Jesús

1. Hay momentos en que el tiempo parece detenerse y el misterio del hombre se revela en sus dimensiones más profundas. Son las horas en que amigos y adversarios se inclinan reverentes y sobrecogidos por la trascendencia divina; vislumbran el sentido verdadero de la vida. Así nos suele suceder cuando el ángel de la muerte golpea nuestra puerta. Nos sentimos invadidos de silencios y preguntas, y queremos saber algo más sobre la vida y sobre la muerte, sobre el más allá y el más acá. Entonces, volvemos nuestra mirada hacia el Señor y esperamos de sus labios las palabras ciertas y sinceras, que nos ofrecen “luz en nuestra oscuridad, fe en nuestra duda y consuelo en nuestra aflicción” (Oración inicial del Responso).

2. Hoy vivimos esta hora al acoger los restos mortales del difunto Presidente de la República Dr. Salvador Allende Gossens y “presentar su alma al Altísimo”. Hace casi veinte años —el 3 de noviembre de 1970—, recién recibida la insignia del mando supremo de la Nación, el entonces Presidente Allende quiso venir hasta este Templo Catedral y participar en una Acción de Gracias ecuménica —el Te Deum— por la Patria. Mi antecesor, el señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, acogió dicha iniciativa y la calificó como un gesto de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile. Quiso continuar también el Presidente, recién

instalado en el gobierno, la tradición instaurada por el ex-Presidente Don Jorge Alessandri en 1958, de que el primer acto público fuera este acercamiento a Dios.

3. Me ha parecido justo y conveniente epilogar la vida de quien fuera Primer Mandatario de Chile en el mismo Templo Catedral donde él quiso empezar su cometido que había recibido de la Nación, y con el mismo delicado respeto que presidiera aquella celebración de hace casi veinte años.

4. No es éste el momento ni el lugar para juzgar su vida y su gestión de gobernante y hombre público. Eso se hará en otras instancias, y, más tarde, la Historia se encargará de esa tarea con la serenidad que da la perspectiva del paso del tiempo.

LA MUERTE DE UN SER HUMANO

5. Estoy, y hablo aquí, como “maestro de la fe y ministro del consuelo”, según lo exigen las normas litúrgicas de nuestra Iglesia (*Ordo exequiarum. Praenotanda*, n. 16). La muerte de un ser humano, en efecto, cualquiera que sea y cualesquiera que hayan sido las circunstancias de ella, representa uno de los enigmas indescifrables para el mismo ser humano, y abre una de las heridas más dolorosas en la mente y en el corazón de todos. Nos atormenta el temor a la desaparición perpetua. ¿Quién podría aceptar la perspectiva de una ruina total y un adiós definitivo? “Toda imaginación fracasa ante la muerte. Pero, la fe cristiana enseña que la muerte corporal, ingresada en la historia a consecuencia del pecado, será vencida. Cristo resucitado ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte” (*Gaudium et spes*, n. 18).

por ello, el uso en la tradición de la Iglesia que continuamente ora por las autoridades mismas y en razón del pueblo que sirven. Justo y laudable es que esas mismas plegarias los acompañen también después de su muerte. El Dr. Salvador Allende fue ministro, senador y Presidente de la República —una vida dedicada al Servicio del bien público— y por esas altas responsabilidades lo acompañamos con nuestra oración.

14. Manda, en segundo lugar, la Iglesia en las celebraciones de las exequias se honren los cuerpos de los fieles difuntos. Para la fe, en efecto, el cuerpo humano es obra y creación de Dios y conforma una persona. Ha sido, además, asumido por Cristo en su encarnación; y ha resucitado ya, en esperanza, con el cuerpo de Cristo resucitado, primicia de los que duermen. Nuestro Bautismo nos implanta en el cuerpo de Cristo haciéndonos partícipes de su dolor, de su muerte y de su resurrección. El Dr. Salvador Allende fue llevado al Bautismo por los suyos y allí recibió el mismo nombre de Jesús. Tal como el de Cristo, el cuerpo humano es templo vivo del Espíritu Santo, y este mismo Espíritu Santo que resucitó el cuerpo de Cristo resucitará también nuestros cuerpos mortales (Rom. 8,11) para una vida incorruptible. Entonces se cumplirá la palabra de la Sagrada Escritura: “La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (1 Cor. 15, 53-55). Honrar el cuerpo de los difuntos es exigencia ineludible de la fe y de humanidad cristiana, y, por eso también, los cuerpos son llevados a una digna sepultura. Así expresamos nuestro respeto también a la memoria del Presidente Allende.

nes y sufragios por los difuntos pueden y deben, por una exigencia de solidaridad, acompañarlos en su presentación ante el juicio divino. Noble es el corazón y laudable el gesto de quienes, orando y pidiendo orar por sus difuntos, manifiestan así su fe cristiana y la perennidad de su amor más allá de la muerte.

11. Oramos por todo hijo de Dios tocado por la muerte, para que su tránsito de ésta a la otra vida no se desvíe; para que prevalezca la misericordia, y el alma purificada pueda acercarse a Dios, Todo Santo.

12. Más apremiante es la necesidad de orar por los difuntos cuanto mayores hayan sido los talentos y responsabilidades con que Dios los hubiere investido. "Oid pues, reyes, y entended —dice el Libro de la Sabiduría—. Aprended, soberanos de los confines de la tierra. Estad atentos los que gobernáis multitudes, porque del Señor habéis recibido el poder y del Altísimo la soberanía. El examinará vuestras obras y sondeará vuestras intenciones" (Sap. 6, 1-3). Y agrega: "El Señor de todos no retrocede ante nadie. El hizo al pequeño y al grande, y de todos tiene igual cuidado. Pero, un examen severo espera a los que están en el poder" (Ib. 6, 7-8).

LA IGLESIA ORA POR LAS AUTORIDADES

13. También la parábola de los talentos, escenificada por Cristo con miras al juicio final, nos advierte que el juicio divino es proporcional a los bienes que Dios nos haya confiado cautelar y administrar. Al que más se le confía, más se le exige (Mt. 25,14 ss.). Por esta razón San Pablo pedía plegarias y súplicas por los constituidos en autoridad (1 Tim. 2, 1-2). Este es,

6. Esta es la fe pascual; esta es la fe que la Iglesia profesa en su predicación ordinaria y celebra, con particular solemnidad, en las exequias de sus hijos. Sin esa certeza y esperanza final vana sería nuestra predicación; vana también nuestra fe y desdichada sin remedio la condición humana, como enseña San Pablo (Cfr. Cor. 15, 12-21).

7. Nuestra fe en Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, nos permite y exige igualmente ser ministros del consuelo para los que están en cualquier tribulación y, muy especialmente, para los que lloran la muerte de un ser querido, como también enseña el Apóstol (Cfr. 2 Cor. 1, 3-5). Este es mi oficio de Pastor ante los restos mortales del Presidente Allende.

CELEBRACION EXEQUIAL

8. Tres son, según el derecho de la Iglesia (Cfr. Código de Derecho Canónico, Can. 1176. Párrafo 2), los objetivos que han de pretenderse en toda celebración exequial.

9. Lo primero es impetrar para los difuntos el auxilio espiritual. "Si las culpas escudriñas, Señor, ¿quién podrá subsistir?", canta, con patética inspiración y sabia humanidad, el Salmo 129. "Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos, y la verdad no está en nosotros", recuerda San Juan (1 Jo. 1,8).

10. Sólo Dios conoce el corazón del hombre y penetra el santuario de su consciencia. A El le está reservado el juicio definitivo sobre toda conducta humana. El también es justo y misericordioso. Nuestras oracio-

